

“¿De quién estaba ungido Cristo? Del Espíritu Santo que poseía por su divinidad. El Espíritu Santo se hallaba en nuestro Señor como su propio Espíritu, no como si viniese de afuera, como si fuese prestado. Es el Espíritu que el Verbo produjo con su Padre. Cuando se hizo hombre, produjo ese Espíritu en el hombre al cual se unió: no con medida sino sin medida, con una colmada plenitud [Jn 3/34]. Todo manantial, toda fuente del Espíritu habita en Cristo” [MS 155]

“La unción santa de Nuestro Señor y de los hijos de Dios es la misma: es el mismo espíritu, como manantial en Jesucristo, como río infundido en nosotros. De esta divina unción, ¿cuál es el principal efecto? La ternura ¡Oh, cuán tierno era Nuestro Señor! ¡Cuán tiernos eran los apóstoles y los primeros cristianos!” [MS 204]

“El Espíritu Santo clarifica las inteligencias, fortifica las voluntades, colma los corazones de alegría y vuelve todo fácil y agradable. Quien ama no ve en la prueba sino ocasión de fortalecer su amor. Nada lo detiene. Siempre y doquier se pierde en las entrañas de la divina caridad. De allí, una constancia inquebrantable: la ley interior es un principio fijo, constante como la ley de la naturaleza. [MS 159]

EL CORAZÓN DE JESUS - Carlo María MARTINI

Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles y
enciende en nosotros ese mismo fuego
que ardía en el Corazón de Jesús,
mientras hablaba del Reino de Dios.
Haz que este fuego
nos sea comunicado,
de la misma manera que se comunicó
a los discípulos de Emaús.
Haz que no nos dejemos vencer
o turbar por la abundancia
de las palabras,
sino que detrás de ellas
busquemos el fuego
que se comunica
e infama nuestros corazones.
Sólo tú, Espíritu Santo,
puedes encenderlo,
y a ti, pues,

devolvemos nuestra debilidad,
nuestra pobreza,
nuestro corazón apagado,
para que tú lo vuelvas a encender
con el calor de la santidad de la vida,
de la fuerza del Reino.
Danos, Espíritu Santo,
comprender el misterio
de la vida de Jesús.
Danos el conocimiento de su persona,
aquel sublime conocimiento
por el que Pablo dejaba perder todo,
con tal de unirse
en sus sufrimientos
y participar en su gloria.
Te lo pedimos
por intercesión de María, Madre de
Jesús, que conoce a Jesús,
con la perfección y la plenitud
de aquella que está llena de gracia.

Composición del RP Daniel R Martín scj



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Betharramitas, Religiosos y Laicos en Nueva Evangelización
con "una estima sincera de nuestra vocación y de nuestra misión"

Año VII 2003 ~ Nº 4

LA IGLESIA COMUNIDAD EVANGELIZADORA

La vida de la comunidad eclesial está centrada en Cristo resucitado presente. En la comunidad se prolonga la persona de Jesús, su palabra, su acción salvífica y sacrificial, su acción pastoral. La perspectiva de esta prolongación es siempre misionera y sin fronteras: *Predicad a todas las gentes* [Mt 28/19], *por la vida del mundo* [Jn 6/51], *tengo otras ovejas* [Jn 10/16], *venid a mí todos* [Mt 11/28]...

Presente en la comunidad eclesial, Jesús sigue comunicando la misión recibida del Padre y la fuerza misionera del Espíritu [Jn 20/21-22]. Su presencia es “escatológica” en el sentido de que la comunidad es un signo y estímulo de la marcha de toda la creación y de la humanidad entera hacia la plenitud, hacia “un cielo nuevo y una tierra nueva” [Ap 21/1; cfr. LG VII].

Los títulos que se dan a la Iglesia en el Nuevo Testamento hacen patente su dimensión misionera: *cuerpo, pueblo, reino, sacramento o misterio, esposa, madre...* En cada comunidad eclesial se concretiza la realidad de estos títulos bíblicos, que tienen todos ellos dimensión misionera [cfr. LG II].

La Iglesia es “cuerpo de Cristo” [1Cor 12/26-27], expresión de Cristo y una sola cosa con él que es su cabeza [Ef 1/22; 5/23-24; Col 1/18]. Es el *Cuerpo* místico que debe crecer hasta llegar a ser toda la humanidad redimida [Col 2/19; Ef 5/23; 4/4-6.15]. Del cuerpo eucarístico de Cristo, celebrado en cada comunidad, nace la Iglesia Cuerpo místico con dimensiones universales.

Pueblo indica la propiedad esponsal como “pueblo adquirido” [1Pe 2/9] por Cristo redentor y esposo [Hch 20/28]. Es el pueblo que tiene origen en la “alianza” o pacto de amor esponsal y que ahora ha sido sellado en la muerte redentora de Cristo para todos los hombres [Mt 26/28]. Es, pues, “el

signo levantado en medio de las naciones” [SC 2; cfr. Is 11/12]. El nuevo Pueblo de Dios debe llegar a ser toda la humanidad.

“La Iglesia es el *reino de Cristo*” [LG 3], como comienzo o primicias, ya en esta tierra, del reino definitivo [Mc 4/26; Mt 12/18], que será realidad plena en el más allá [Jn 18/36]. La semilla del Reino se encuentra, de algún modo, en cada persona, pueblo y cultura; pero desde el día de la encarnación las primicias del Reino, que Cristo ha dejado en su Iglesia, urgen a una aceptación libre de fe por parte de todos [Mc 1/15]. La misión de la Iglesia es la de hacer que la humanidad entera forme parte estas primicias explícitas del Reino “para que Dios sea todo en todas las cosas” [1Cor 15/27-28].

La Iglesia es “sacramento” o “misterio” como signo transparente y portador de Cristo. Propiamente es Cristo el “misterio” como epifanía y comunicación de los planes salvíficos de Dios [Ef 1/3-9; 1Tim 3/16]. Es el misterio que se anuncia, celebra y vive en cada comunidad cristiana para ser comunicado a todos los pueblos [Ef 3/1-10]. La palabra latina *sacramentum* traduce esta misma realidad con el matiz de signo portador o eficaz. La Iglesia es “sacramento” o “misterio” porque en ella vive presente y operante Cristo resucitado [Ef 3/8-10; 5/32]. Por eso la Iglesia es misionera y madre, como “sacramento universal de salvación” [LG 48; AG 1], que debe realizar el encuentro de toda la humanidad con Cristo resucitado y, a través de él, con Dios amor [LG 1].

La Iglesia es *esposa de Cristo* [Ef 5/25-32], como consorte de la misión de Cristo. Cada comunidad y cada creyente es la esposa de Cristo, que le debe ser fiel por un proceso de santificación y de disponibilidad misionera [2Cor 11/2]. El celo misionero, como el de Pablo, es un trasunto de la caridad del Buen Pastor vivida por la Iglesia esposa.

La Iglesia pertenece esponsalmente a Cristo [Rom 7/2-4; 1Cor 6/19]. Los apóstoles concretizan este desposorio con Cristo hasta el punto de correr su suerte, “consortes” [2Pe 1/4], y beber su misma copa de bodas, que es de alianza de amor entre Dios y toda la humanidad [Mc 10/38; Lc 22/19-20]. La Iglesia esposa mira a su figura y modelo, la nueva Eva, María, que es “la mujer vestida de sol” [Ap 12/1], es decir, transparencia de Cristo.

Todos estos y otros títulos bíblicos atribuidos a la Iglesia dejar en-



trever la *fecundidad* de la misma Iglesia como signo portador e instrumento vivo de Cristo. En ello consiste su *naturaleza misionera*, que se expresa también con el título de *madre*: “La comunidad eclesial ejerce por la caridad, la oración, el ejemplo y las obras de penitencia una verdadera maternidad para conducir las almas a Cristo” [PO 6]. San Pablo se sentía insertado en este misterio de *Iglesia madre* [Gal 4/26] cuando presentaba a Jesús “nacido de la mujer” [Gal 4/4] y también por medio del apostolado [Gal 4/19].

La Iglesia es *madre* en y desde cada una de las comunidades cristianas. En su seno se recibe el Verbo, bajo la acción del Espíritu Santo, para comunicarlo al mundo. “Por eso también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres” [LG 65].

La función materna de la Iglesia es la esencia de toda acción pastoral ejercida a través de los signos portadores de Cristo: profetismo (anuncio), culto (sacrificio, celebración), signos santificadores, pastoreo, realeza... La Iglesia, madre o signo portador de Cristo (*misterio*), cuando vive su realidad de *comunidad*, realiza su máxima capacidad de *misión*.

La Iglesia es la comunidad de creyentes en Cristo (*ecclesia*), salvados o liberados por él, que se compromete a vivir, anunciar, testimoniar, celebrar y comunicar la redención liberadora a todos los hombres. Por eso, “la Iglesia existe para evangelizar” [EN 14].

La Iglesia ha recibido el Espíritu Santo, enviado por Jesús, que la libera y la hace portadora de la liberación [Jn 20/23]. El día de Pentecostés, la Iglesia, llena de este mismo Espíritu [Hch 2/4], comenzó a anunciar y testimoniar la redención liberadora realizada por Cristo muerto y resucitado [Hch 2/32]. Así, se hace misionera y madre bajo la acción del mismo Espíritu, que ungió y envió a Jesús para liberar a los pobres [Lc 4/18; cfr. LG 59; AG 4]. “La acción misionera fluye de la misma naturaleza de la Iglesia” [AG 6]. En cada nueva época de evangelización, como en el momento de pasar a un nuevo milenio de cristianismo, la Iglesia se prepara “por medio del Espíritu Santo, así como por el Espíritu Santo fue preparada la Virgen de Nazaret, en la que el Verbo se hizo carne” [*Dominum et vivificantem*, 66].